

0508. Las lágrimas benditas

Liturgia de las Horas comienza con estas palabras lastimeras:

- *Llorando los pecados - tu pueblo está, Señor. - Vuélvenos tu mirada, - y danos tu perdón.*

Y nos vienen ganas de preguntarnos: Pero, ¿por qué tenemos que llorar? ¿No caemos en una contradicción, pues decimos que tenemos que estar siempre alegres?

Sin embargo, ese himno responde a una realidad del pueblo cristiano, copiada del pueblo judío y practicada por el mismo Jesús.

El pueblo ha sabido hacer penitencia. Desde que, al leer el Evangelio, ha visto a Jesús pasarse cuarenta días sin comer ni beber, habitando entre las fieras en aquella soledad de la montaña, ese pueblo nuestro ha aprendido a imponerse sacrificios que manifiesten a Dios el dolor del corazón.

Jesús no hacía penitencia por Sí, pues era la inocencia misma, sino por nosotros. Y nosotros hemos entendido su lección: si Jesús, inocente, hace sacrificios por nosotros, bien está que nosotros le acompañemos, y con toda justicia, en el camino de la penitencia.

Nuestro pueblo se las sabe ingeniar para buscar formas de penitencia adecuadas.

Será, a lo mejor, cargar las andas en una procesión cuando llega la Semana Santa.

Será ir en peregrinación a pie al Santuario de la Virgen.

Será, conforme a la tradición más antigua, imponerse un ayuno.

Será la limosna dada a un pobre, fruto de una privación voluntaria.

Será hacer un Viacrucis penitencial los viernes.

Será lo que sea, pero nuestro pueblo cristiano sabe imponerse sacrificios...

Será —como se hace hoy en muchas Iglesias— la *limosna penitencial*, así llamada porque se deposita secretamente en la alcancía instalada ya en el templo. De ella se sacará todo el dinero para aliviar las necesidades de los pobres. Esa limosna ha significado un sacrificio para el donante, porque se

priva de una satisfacción; un acto de humildad, porque nadie ha contado lo que deposita, sino sólo Dios; caridad muy pura, pues lo hace por puro amor.

El Catecismo de la Iglesia Católica reconoce este hecho de la penitencia en nuestros días, lo alaba, lo promueve, y quiere que se mantenga siempre vivo. Pero, sobre todo, se fija ampliamente en la *motivación* que han de tener esas prácticas tradicionales del pueblo (1430-1438)

Han de ser signo del arrepentimiento del corazón. Es lo que exigía Dios en la Biblia. No le importaba al Señor —como leemos en los profetas— ni el ayuno, ni el vestirse de rudo sayal, ni el revolcarse en la ceniza. Lo que le importaba de veras a Dios era ver roto el corazón por haber pecado. Porque, como canta de modo insuperable el Salmo 50:

- *El sacrificio mejor es un espíritu quebrantado, pues Dios no desprecia un corazón destrozado y humillado por el arrepentimiento.*

Esto es lo importante y lo principal. Las penitencias y los sacrificios son para nosotros signo y expresión del dolor del corazón. El Dios ofendido se complace en estas muestras de arrepentimiento y entonces se vuelca sobre nuestras almas para llenarlas de su gracia.

Muchas veces nos hacemos en la Iglesia esta pregunta:

- *¿Cuándo ha pecado más el hombre, antes o ahora?*

Y respondemos con verdad: el hombre ha pecado siempre igual. Pero existe una diferencia en la actitud del pecador de hoy y el de ayer. Antes, el hombre pecaba, pero sabía hacer penitencia, y la hacía públicamente. Hoy, se va dejando la penitencia, y esto no nos trae ningún bien.

Todos estamos acordes en que han cambiado los tiempos, y cambian también en la Iglesia las formas de penitencia. Antiguamente, como en los tiempos de Jesús, se reducían al ayuno, a la limosna y a la oración. ¿Quién duda de son las formas mejores?

Pero, hoy se nos dice en la Iglesia: ¿y por qué no puede ser el dejar de fumar un cigarrillo? ¿Y por que no puede ser el dejar de ver una película en el

cine o en la tele? ¿Y por qué no puede ser el no ir un día al estadio, cambiando el partido por un rato más en la familia o en una Misa de propina para el Señor?...

La generosidad tiene muchos recursos y sabe poner a funcionar la imaginación...

Hasta los niños, si se les enseña y se les deja, aunque siempre vigilados, nos dan lecciones sorprendentes.

Como nosotros siempre pensamos y hablamos en cristiano, nos podemos preguntar: este nuestro mensaje, ¿es apto para este día, y no es mejor dejarlo para la Cuaresma?... No; es apto y es actual para todo el año. Porque esa actitud penitencial es propia de todos los días, ya que todos los días resuena en nuestros oídos la palabra de Jesús:

- *Si no os arrepentís, y no hacéis penitencia, os vais a perder todos* (Lucas 13,5)

La actitud penitencial del cristiano y la actitud de alegría son aptas por igual para todos los días del año, para Pascua y Navidad, lo mismo que para la Cuaresma o el Adviento.

Lo interesante es que sabemos hacer lo que nos dijo Jesús. Porque esa acción penitencial nuestra la conjugamos perfectamente con una vida alegre, que no impide a las mujeres el pintarse bien bonitas ni a los hombres el echar una cana simpática al aire...